

tomado el asunto y que á la sazón tenían que aprobar, quedando responsables del resultado final, cuando no se les había preguntado su opinión sobre lo hecho ya. Por tanto, como era natural, se resistieron á adoptar una decisión que el mismo duque de Gramont no se atrevía á tomar.

Concluido este primer consejo, volvió Gramont á su ministerio, donde recibió al embajador de Prusia, que le dijo, profundamente consternado: «Me encuentro en una situación gravísima, y debo decir á usted que mi gobierno no aprueba lo que he dicho y me dirige una fuerte reconvencción por haber aceptado y recomendado la exigencia de usted; y si bien se me ha dicho esto en términos muy honrosos, tengo orden de retirarme (1).»

Para las dos de la tarde estaban convocados otra vez los ministros en las Tullerías, sobre lo cual dice Gramont en su obra: «Me costó trabajo llegar allí, porque la excitación de la cámara se había comunicado á las masas, y una multitud impaciente é iracunda inundaba las inmediaciones del ministerio y del cuerpo legislativo. Se oían chillidos, excitaciones violentas y voces de maldición de toda clase contra toda negociación, voces que la multitud aplaudía en todo el trayecto desde el muelle hasta las Tullerías.» Lo mismo viene á decir el embajador inglés lord Lyons en su comunicación de aquel día 14 de julio á Granville (2), en la cual añade: «A pesar de no ser conocida por todos la noticia del artículo de la *Gaceta de la Alemania del Norte*, era tan grande la excitación y tan violento el rencor que reinaba en el ejército, que era dudoso que el gobierno se hallara en estado de contener los clamores de guerra. Se comprendía que tan pronto como se publicara el citado artículo en los periódicos de la tarde de París, había de ser difícilísimo dominar las iras de la población, por cuya razón era general la creencia de que el gobierno para calmar la impaciencia pública se vería obligado á declarar que tenía la intención de tomar venganza de la conducta de la Prusia.»

Si entre los ministros hubiese prevalecido la disposición belicosa que reinaba en las masas, habrían resuelto desde por la mañana el llamamiento de las reservas, sin necesidad de otra nueva sesión, en la cual el general Leboeuf necesitó toda su elocuencia para conseguir al cabo de muchas horas de debates la citada resolución. Gramont, aunque no inteligente en el ramo militar, no dejaba de conocer la gravedad que implicaba este llamamiento de las reservas, porque en su obra (pág. 216) dice: «En Prusia es negocio muy sencillo el pase del pié de paz al pié de guerra, porque el ejército está dividido en cuerpos que tienen sus reservas en los distritos donde están acantonados sus cuadros; mas en Francia para pasar del pié de paz al pié de guerra es necesario alborotar todo el país. El reservista llamado ha de presentarse en el depósito, á veces muy distante del punto á donde va destinado. Cuando ha recibido en el depósito su uniforme y armamento, vuelve á ponerse en camino para incorporarse á su regimiento. Así resulta que la Francia se vé cruzada en todas direcciones por individuos que si bien pertenecen al ejército, no se encuentran todavía sometidos á la autoridad inmediata de sus superiores. En estos viajes el reservista no suele mostrarse modelo de cordura y de sobriedad, y quiere disfrutar de su libertad antes que se halle sometido á la disciplina militar. Cada estación de ferro-carril, cada parador y taberna de aldea es para él una tentación, á la cual raras veces resiste; de suerte que cuando llega á su regimiento se encuentra á menudo perdido corporal y moralmente por la bebida y la licencia. De todos los sistemas de movilizar un

ejército, el nuestro es el peor que ha podido imaginarse; pero era el que teníamos, y si queríamos llamar las reservas era preciso servirnos de él con todos sus inconvenientes.» El gobierno no podía engañarse respecto de las consecuencias de la disposición adoptada, y la consecuencia fué la guerra.

A las cuatro de la tarde había conseguido Leboeuf, según refirió después delante de la comisión informadora, la autorización para disponer el llamamiento de las reservas; pero antes de salir del consejo de ministros, que pasó á tratar de otros asuntos, y de dirigirse á su ministerio, tuvo un escrúpulo, y teniendo conciencia del peso de su responsabilidad, preguntó á cada ministro, uno por uno, si estaba de acuerdo con que diera las órdenes correspondientes al llamamiento; y solo cuando todos ó casi todos le hubieron contestado afirmativamente se dirigió á su departamento ministerial.

A las seis de la tarde, cuando ya estaban firmadas todas las órdenes, Leboeuf recibió un billete del emperador en el cual creyó descubrir cierto arrepentimiento de la resolución tomada en el consejo de ministros. No creía que el emperador hubiese cambiado de parecer, pero se figuró que había cedido á las instancias de la mayoría de sus ministros, «porque el emperador había tomado por lo serio el cargo de soberano constitucional y se conformaba con las resoluciones de su consejo de ministros, aun cuando no estuviera personalmente de acuerdo con ellas.» En esta duda volvió Leboeuf á Saint-Cloud y suplicó al emperador que reuniese otra vez el consejo.

Celebróse este tercer consejo á las diez de la noche y á las once se había acordado aplazar la movilización y dar otro paso diplomático; y como según se dice los ministros Louvet, Segris, Plichon, Parieu y Chevandier de Valdrome no quisieron votar por la guerra, se zanjó la divergencia con la idea de Gramont de invocar á la Europa en forma de un congreso de las grandes potencias, al cual se propondría la siguiente declaración:

«Creemos que siempre ha sido un principio admitido tácitamente por la Europa que sin acuerdo previo no podía ocupar un trono extranjero ningún príncipe de una de las familias reinantes de las grandes potencias; y pedimos que las grandes potencias de Europa, reunidas en congreso, confirmen esta ley internacional (3).»

La reunión de un congreso internacional era una antigua idea favorita del emperador, que según dice un testigo ocular sintió que se le humedecían los ojos (4). Acaso quedó el emperador seriamente conmovido antes de dar el último paso, irrevocable ya; pero también podía ser que solo accediera á la opinión de la mayoría de su consejo, y en este caso no era para él mas que un aplazamiento este congreso, pero no una renuncia ni menos una derrota, y ¿quién sabe? hasta un gran triunfo en el caso de que la Prusia se hubiera comprometido y colocado en una posición en que no hubiera tenido razón, y de que el Austria y la Italia se hubiesen persuadido del derecho de la Francia. Aun así, habría sido menester dar una explicación á la cámara, mostrándose el gobierno satisfecho por el momento con la simple renuncia del príncipe sin ninguna cooperación de parte de la Prusia y fiando en cuanto al porvenir en la decisión de Europa. Pero ya hemos visto por los extractos de los periódicos la manera cómo habría sido aceptada semejante explicación.

La idea del congreso, apenas emitida, quedó abandonada á consecuencia de un despacho que, según refiere Leboeuf,

(3) Información parlamentaria, tomo I, pág. 103.

(4) Informe de St. Marc Girardin y consideraciones, pág. 22. Véase Sorel: *Historia diplomática de la guerra franco-alemana*, París, 1875, tomo I, pág. 170.

(1) Información parlamentaria, tomo I, pág. 102.

(2) Angeberg: *Recueil*, tomo I, pág. 132.

fué entregado al ministro de Negocios extranjeros durante el consejo de ministros. «Este despacho, dice Leboeuf, fué leído en el consejo, y si bien no recuerdo los términos en que estaba concebido, su tenor era tal que el consejo decidió mantener las órdenes de movilización.»

Este despacho no pudo ser referente al telegrama de Ems, el cual era ya conocido del ministerio desde la mañana. Si hubiera sido un despacho referente á armamentos de la Prusia habría interesado particularmente á Leboeuf como ministro de la Guerra y éste no hubiera olvidado los términos en que estaba redactado, ni habría encontrado oídos dispuestos á creerlo, atendidas las seguridades terminantes del coronel Stoffel, que desde el día 14 hacia saber desde Berlín que allí todo el mundo creía que la Francia había tomado la delantera y que un ejército francés estaba á punto de pasar el Rin. Entre las «malas noticias» á las cuales el duque atribuye el cambio, había una que explica igualmente la impresión que hizo en el ministerio el citado despacho y el silencio del ministro de la Guerra. Esta noticia era la de una conversación tenida el día 13 de julio entre lord Loftus y Bismarck, en la cual este último había pedido una revocación ó bien una explicación satisfactoria del lenguaje amenazador del duque de Gramont. De esta conversación habla Gramont en su obra repetidas veces y hasta copia el despacho del embajador inglés literalmente en las páginas 179 á 183; y en otro pasaje dice que había recibido la copia de este despacho en la noche del 14 al 15 de julio por un conducto que no podía dar á conocer por prohibirlo motivos muy serios. En cambio no dice en ninguna parte de su obra que esta noticia hubiese dado lugar al indicado cambio en el consejo de ministros (1). Sin embargo, debe admitirse que esta noticia, que insertamos á renglón seguido, fué causa del cambio, como se verá.

Al felicitar Loftus á Bismarck, en 13 de julio, con motivo de la solución del conflicto pendiente por la renuncia voluntaria del príncipe, expresó Bismarck dudas, diciendo que la gran moderación que el rey había mostrado enfrente del tono amenazador del gobierno francés y la recepción cortés que el rey había hecho en Ems al conde de Benedetti, á pesar del lenguaje violento que oficialmente y en la prensa se había usado contra la Prusia, excitaban en todo el país una indignación general; que aquella misma mañana había recibido telegramas de Bremen, Königsberg y otros puntos que expresaban la desaprobación mas viva de la actitud conciliadora del rey en Ems, y que la opinión pública pedía que no se sacrificara el honor del país. A esto añadió Bismarck que el gobierno inglés podría valerse de cualquier pretexto para manifestar en el parlamento su satisfacción por que la renuncia voluntaria del príncipe de Hohenzollern hubiese dado solución á la complicación española; que hiciese también públicamente justicia á la cordura, moderación y prudencia del rey de Prusia, de su gobierno y de la prensa del mismo país; y que en vista de que el duque de Gramont había dicho en el cuerpo legislativo que las potencias de Europa habían reconocido la justicia de la reclamación de la Francia respecto de la Prusia, era de desear que los gabinetes que habían empleado sus buenos oficios para conseguir del gobierno prusiano la renuncia del príncipe Leopoldo, declarasen públicamente de la manera mas conveniente su modo de ver tocante á las intenciones conciliadoras y pacíficas del rey de Prusia. Además, dijo Bismarck que había recibido noticias de París, por conducto extra-oficial, según las cuales la

solución de la dificultad española no bastaba para satisfacer al gobierno francés, que después haría otras reclamaciones; y si esto era verdad, sería evidente que la cuestión de sucesión al trono de España no había sido mas que un pretexto, siendo la verdadera intención de la Francia tomar venganza de lo de Königgratz. Sobre este punto dijo: «La opinión pública de la nación alemana cree tener la fuerza suficiente para medirse con la Francia y no confía menos que los franceses en vencer; de suerte que en Prusia y Alemania existe el sentimiento de que no se debe soportar ninguna humillación ni ofensa de parte de Francia y que se ha de aceptar la lucha si se ven provocadas sin motivo justo. No deseamos la guerra, y hemos hecho ver y haremos ver también en adelante cuán pacíficas son nuestras intenciones; mas estas no pueden llevarnos hasta permitir á los franceses que nos tomen la delantera con sus armamentos. Sé positivamente que en Francia se han tomado y se siguen tomando disposiciones belicosas; se reúnen grandes masas de material de guerra, pólvora, balas, heno, y se hacen requisas de caballos. Si estos preparativos continuasen, nos veríamos obligados á pedir explicaciones al gobierno francés sobre su objeto. Después de todo lo ocurrido tenemos que pedir una seguridad y garantía cualesquiera de no vernos expuestos á un súbito ataque; debemos saber si después de quedar solventada esta dificultad española, quedan otras intenciones ocultas que pueden caer sobre nosotros como una tempestad. Si la Francia no diera una seguridad y garantía, ya sea por medio de una declaración á las potencias europeas, ya sea en otra forma oficial, de que considera la actual solución de la cuestión española como un arreglo definitivo y satisfactorio, y no quisiera suscitar otras quejas; y si además de esto no diera una satisfacción suficiente, ó revocara el lenguaje amenazador del duque de Gramont, el gobierno prusiano se vería obligado á pedir explicaciones á la Francia. Es imposible que la Prusia acepte tranquila y sumisa el insulto que el lenguaje amenazador del gobierno francés ha inferido al rey y á la nación. Después que el ministro de Negocios extranjeros se ha permitido hablar contra la Prusia á la vista de toda la Europa, no podría yo mantener ninguna clase de relaciones con el embajador de Francia.»

De estas palabras del conde de Bismarck pudieron inferir los ministros franceses, que acababan de decidirse por un congreso europeo, que si este congreso llegara á reunirse la Francia aparecería ante él no como acusadora, según había creído, sino como acusada de una conducta que no cabría explicar decentemente y que para naciones que no admitieran semejante conducta debía constituir un caso de guerra. Bien claramente resultaba de las palabras de Bismarck que la Prusia no se hallaba en el triste caso de conceptuarse impotente para contestar al insulto y á la amenaza; muy al contrario, por cuya razón no había que esperar que el gobierno prusiano renunciara á su exigencia.

El haber accedido á ella habría sido un golpe mortal para el gabinete francés y para el emperador, y aun accediendo era también segura la guerra después de haber perdido tiempo y dignidad. Lord Loftus dice al fin de su despacho que si no interviniese una mano ó consejo amigo se ensancharía el abismo abierto por la solución de la cuestión española, y añade: «Es evidente que el conde de Bismarck y el ministerio prusiano sienten vivamente la actitud y las intenciones que el rey ha mostrado al conde Benedetti y comprenden, en vista de la opinión pública, la necesidad de algunas disposiciones enérgicas para salvar el honor de la nación. El único medio de curar la herida infligida al orgullo nacional de los alemanes y de restablecer la confianza en la duración de la paz, sería una declaración del gobierno francés en la

(1) Véase Sorel: *Historia diplomática*, tomo I, pág. 176. Sobre las contradicciones de Gramont en sus datos relativos al tiempo, véase la misma obra, pág. 177, nota 2.

cual éste dijese que el suceso español había quedado solventado de una manera satisfactoria; que reconociese además las intenciones moderadas y pacíficas del rey de Prusia y de su gobierno, y afirmase que había motivo suficiente para esperar que en adelante no serían turbadas las buenas relaciones entre ambos gobiernos. Temo mucho que si no se pone por obra una mediación eficaz para aplacar la excitación del gobierno francés contra la Prusia y aconsejarle moderación, será inevitable la guerra (1).»

El embajador inglés no solamente no había contradicho á Bismarck sino que, al repetir las palabras de éste, había propuesto al gobierno inglés una mediación rápida y enérgica, de lo cual se puede inferir que aquel gobierno miraba toda la cuestión de muy diferente manera que antes, cuando había ejercido su mediación en sentido francés con tanta decisión que en Prusia estaban todos resentidos con razón de la solicitud impremeditada de los señores Granville y Gladstone á favor de los autores de la declaración del 6 de julio. Esta situación había cambiado totalmente. El 12 de julio había desaprobado lord Lyons la conducta de Gramont, y al día siguiente el embajador inglés en Berlín, en el informe á su gobierno, se declaraba por Bismarck. Si el gobierno inglés adoptaba la opinión de sus representantes, ó si se retiraba de todo este asunto, no había esperanza de reunir el congreso proyectado por el consejo de ministros francés, y la Francia tenía segura esta gran derrota política sin que por esto se librara de la guerra con Prusia. A esto se agrega que el cambio del gobierno inglés no podía ser siquiera publicado en Francia, ni tampoco la exigencia de la Prusia, como motivo decisivo de la guerra; porque se habría dado razón con esto á los que desde el día 12 decían que el gobierno no había sabido lo que hacía cuando en su declaración del 6 de julio publicó una verdadera declaración de guerra. Para conservar hasta cierto grado su dignidad el gobierno francés tenía que presentar cualquier pretexto para la guerra.

El gobierno francés eran, en definitiva, el duque de Gramont y el emperador, que desde un principio estuvieron de acuerdo sobre el objeto y los medios, procediendo á espaldas de los ministros, porque á ninguno se había comunicado la gran noticia de Madrid del 3 de julio, ni se les había dado ocasión de expresarse sobre ella para evitar de una manera delicada y confidencial toda complicación. No se propusieron en ningún consejo de ministros la grosera pregunta hecha en Berlín, ni las instrucciones dadas á Benedetti tocante á la renuncia del príncipe ni las exigencias dirigidas al rey de Prusia. De las últimas exigencias solo tuvo conocimiento Ollivier por una casualidad, porque llegó al despacho de Gramont cuando éste recomendaba al embajador de Prusia que pidiese á su soberano la carta que sabemos; pero solo oyó lo que ya era un hecho consumado y lo que no había medio de cambiar (2). El ministro de la Guerra, Leboeuf, sabía tan poco lo que pasaba, que cuando el día 12 llegó el telegrama de la renuncia del príncipe creyó que ya no habría guerra, conforme lo demuestra el siguiente caso. Había dado orden en 10 de julio al intendente general del ejército, Blondeau, de gastar un millón de francos para vestuario de tropa, además de la suma concedida á este objeto en el presupuesto; y cuando llegó el telegrama de la renuncia del príncipe hizo llamar al intendente general, diciéndole que restituyese el millón extraordinario concedido, á lo cual el intendente le contestó que era tarde, pues ya se había empleado.

(1) Angeberg: *Recueil*, tomo I, págs. 125 á 127.

(2) Si Ollivier dice, como se vé en la obra de Darimon, pág. 118, que desaconsejó á Gramont su actitud belicosa, olvida que pocas horas antes había apoyado una proposición peor todavía que lo que se encargaría á Benedetti.

Solo se convocó consejo de ministros cuando se trataba de dar una explicación á la cámara, porque entonces era inevitable, como en el caso del 5 al 6 de julio en Saint-Cloud y el 14 de julio en París. En estos dos casos fué pacífica la opinión de la mayoría del ministerio; solo que en el primero de estos consejos se empeñó el emperador contra esta disposición pacífica en la declaración del 6, que fué una verdadera declaración de guerra, y en el segundo consejo no contrarió la disposición pacífica de la mayoría del consejo, sino que cedió á ella, por lo menos aparentemente; pero no se sabe si esto fué debido á un sentimiento de vacilación, ó de debilidad ó de espanto ante la fuerza formidable del contrario á quien iba á provocar, y de la cual tan bien le había informado el coronel Stoffel. Quizá también se debió este cambio á un súbito empeoramiento de su antiguo y dolorosísimo padecimiento físico, que desde agosto de 1869 había tomado un carácter gravísimo, como constaba á los médicos, aunque no á los hombres de Estado (3).

De todos modos la situación en que se hallaba el emperador, sin poder retroceder, era obra suya propia, hecha con toda reflexión, en la cual trabajaba pública y secretamente, militar y diplomáticamente, hacia ya cuatro años. El duque de Gramont, por su parte, tampoco tenía el menor motivo para vacilar cuando se vió cara á cara con la guerra; porque por una parte ignoraba el mal físico que devoraba á su soberano y por otra estaba firmemente convencido de que era invencible el ejército francés. Enfrente de los ministros aparentó que deseaba un arreglo y que se sometía forzosamente á los sucesos cuando éstos no dejaron mas salida que la guerra. Despues de la guerra se valió de sus inclinaciones pacíficas aparentes para hacer creer que Bismarck era quien la había buscado y quien había sabido arreglar tan diabólicamente las cosas que toda la culpa cayese sobre la Francia. Mas esto no impidió que Gramont hiciera una confesión que invalida todas sus acusaciones posteriores. En 4 de enero de 1872 dijo ante la comisión informadora: «Es evidente que si hubiésemos tenido conciencia de nuestra debilidad, acaso habríamos tratado de bajar la cabeza y aguardar. Se soporta mucho cuando se siente uno impotente para desviar el mal;» y en su obra dice, pág. 321: «Creo poder declarar que si se hubiese tenido una duda, una sola duda en nuestra capacidad para la guerra, se habrían detenido las negociaciones y se habría renunciado á continuarlas mas lejos. El derecho y la justicia de una causa no dependen seguramente de las fuerzas que haya para defenderlos, pero no siempre hay necesidad de defender su derecho con las armas. Cuando uno se siente débil, demasiado débil para sostener su derecho, se aguardan mejores días y se soporta mucho, si no se puede hacer otra cosa.» Con estas palabras derriba el duque todo cuanto ha acumulado en su obra, en sus discursos y escritos, callando la verdad en unos casos y sosteniendo en otros cosas contrarias á la verdad misma, todo para hacer creer que el gobierno del emperador obró solo obedeciendo á la fuerza por combinaciones de Bismarck. Confiesa que el gobierno se decidió por la guerra porque no tenía la menor duda en la victoria, si bien al mismo tiempo la situación había llegado á ser tal en la noche del 14 al 15 de julio por la llegada del despacho de lord Loftus, que no había tampoco otro medio que sostener la actitud tomada; pero como por muchos motivos el gobierno no podía comunicar entonces la situación en que se veía comprometido, compuso de dos

(3) Véase la obra de Darimon: *La enfermedad del emperador*, París, 1886, páginas 106 á 111, en donde se encuentra un dictamen médico del 1.º de julio de 1870 sobre el gravísimo estado del emperador. Este dictamen fué resultado de una consulta de cinco médicos, entre los cuales figuró el doctor Nelaton.

otros despachos que habían llegado aquella noche, en combinación con las últimas comunicaciones de Benedetti, una comunicación para presentarla á la cámara que justificara el llamamiento, ordenado ya, de las reservas, diciendo que el rey de Prusia se había negado á responder también para en adelante de la renuncia del príncipe Leopoldo; que el rey, con este motivo, no había querido recibir otra vez al embajador francés; que el gobierno prusiano había comunicado oficialmente á los demás gabinetes europeos esta negativa del rey; que al propio tiempo el gobierno había sabido que el embajador de Prusia había recibido orden de partir con licencia y que la Prusia hacía armamentos. En estas circunstancias, toda nueva tentativa de reconciliación habría sido contraria á la propia dignidad y á la prudencia. Esta fué la declaración que el 15 de julio leyó Gramont en el senado y Ollivier en el cuerpo legislativo.

El senado la recibió con aplausos entusiastas, y Rouher, el presidente de esta corporación, propuso levantar la sesión inmediatamente, «como signo de la aprobación ardiente de las resoluciones del emperador.» En el cuerpo legislativo fué recibida la declaración de otro modo; la mayoría no escaseó sus aplausos y también aprobó la asamblea por gran mayoría dos proyectos de ley, en uno de los cuales pidió el gobierno cincuenta millones de francos para el ejército y diez y seis millones para la marina; pero respecto de los motivos de estas proposiciones urgentes y tocante á la guerra, el diputado Thiers desencadenó una tempestad que acabó con una tremenda derrota moral del gobierno.

Thiers debió al valor que desplegó en esta ocasión la colosal importancia que la nación francesa le dió despues de las derrotas del emperador y que le llevó á la cabeza del país; y este éxito ha dado origen á una opinión muy errónea respecto del objeto de la actitud que desplegó. Sin embargo, mas que á otro francés alguno cabe á Thiers parte de la culpa de la guerra que acabó de decidirse en el tiempo de que hablamos. Tanto como todos los demás franceses estaba convencido de la superioridad de las armas francesas; solo encontró mal elegido el pretexto ó motivo de la guerra, y además le pareció completamente indigno el juego sofístico de los ministros; mas solo para decir esto al cuerpo legislativo en aquellos momentos era menester un valor que hace grandísimo honor al veterano del parlamentarismo francés. La Francia, desilusionada, cuando hubo aprendido al fin á distinguir entre hombres de Estado y farsantes, reconoció en aquel político anciano, que había cumplido entonces ya setenta y tres años, el hombre de Estado mas eminente del país. He aquí cómo este hombre pintó las impresiones (1) bajo las cuales, despues de la lectura de la declaración del ministerio por Ollivier, se resolvió á tomar la palabra: «Estaba conmovido y la cámara lo estaba tanto como yo. Los diputados se miraban uno al otro con cierto estupor; los miembros principales de la izquierda me rodearon y me preguntaron lo qué había que hacer, y yo, temeroso de las malas intenciones de la mayoría respecto de la izquierda, les dije: «No se metan ustedes en eso y déjenme hacer á mí.» Yo ví venir una tempestad que había de descargar sobre nuestras cabezas forzosamente; pero habría preferido hacer frente al rayo, aun con la certidumbre de ser aplastado por él, á callar cuando se iba á cometer el error de que se trataba. Me levanté con un movimiento violento, como movido por un resorte, y desde mi sitio tomé la palabra. En seguida se levantó una gritería furiosa; cincuenta penderos me enseñaron los puños, me cubrieron de denuestos, diciendo que me deshonoraba y que manchaba mis canas; pero yo no

cejé y corrí á la tribuna, donde solo pude pronunciar algunas palabras inconexas.» Lo que siguió no pudo llamarse un discurso (2). No hizo mas que solicitar, ya con súplicas, ya con orgullo que la asamblea le escuchase; fué una continua lucha para obtener la palabra enfrente de una asamblea tan apasionada que casi parecía loca de furor contra la Prusia y contra Thiers. Este, á pesar de todas las interrupciones, consiguió decir: «¿Es verdad ó no es verdad que en este asunto de la candidatura del príncipe de Hohenzollern ha sido escuchada y remediada nuestra queja? ¿Es verdad que ustedes rompen por una cuestión de delicadeza? ¿Quieren ustedes que toda la Europa diga que se les ha hecho justicia, y ustedes por una cuestión de mera forma han resuelto derramar ríos de sangre? Por esto exijo, á la faz del país, que se nos den á conocer los despachos en vista de los cuales se ha tomado la resolución que se nos acaba de comunicar; porque esta resolución es una declaración de guerra, y yo encuentro esta guerra soberanamente imprudente. Esta declaración me disgusta á ustedes, pero yo tengo el derecho de tener una opinión en esta cuestión. Amo á mi país; los sucesos de 1866 me han causado mas dolor que á ningún otro, y mas que ningún otro deseo que se nos dé una satisfacción; pero segun mi convicción profunda, y me atrevo á decir segun mi experiencia, se ha elegido mal la ocasión. Mas que ningún otro, lo repito, deseo satisfacción por lo de 1866; pero encuentro que la ocasión ha sido detestablemente elegida. La Prusia se había colocado fuera de la razón; desde mucho tiempo nos decía que se cuidaba exclusivamente de los asuntos alemanes y de la suerte de la patria alemana, y súbitamente la encontramos al otro lado de los Pirineos cuando allí se prepara la elección de un rey que debía ó podía parecer á la Francia una ofensa de su dignidad ó de sus intereses. Ustedes se dirigieron á la Europa; la Europa quiso, con un celo que la honra, que se nos atendiese en este importantísimo punto, y en efecto se nos ha dado satisfacción; la candidatura del príncipe de Hohenzollern ha sido retirada. No temo el juicio de la historia, porque sé lo que dirá de lo que hago ahora, pero todavía vendrán días en que os arrepentiréis de vuestra precipitación.» Al decir esto le gritó el marqués de Piré: «Usted es la trompeta mas anti-patriótica de la desgracia; vaya usted á Coblenza,» á lo cual repitió Thiers: «Puede usted ofenderme é insultarme, todo lo soportaré por defender á mis conciudadanos, cuya sangre quiere usted verter tan imprudentemente.» Luego repitió Thiers que se debía dar conocimiento á la cámara de los despachos, sobre los cuales podía fundar únicamente su juicio, y que si la cámara no los pedía olvidaba su deber. «Yo estoy pronto, dijo Thiers, á concederle todo cuando se haya declarado la guerra; pero quiero y debo saber por qué se declara la guerra, pues en otro caso declino toda responsabilidad.»

El ministro Ollivier contestó con un discurso en el cual no hizo mas que repetir lo que acababa de leer á la cámara; leyó dos despachos, de los cuales se desprendía que el telegrama de Ems había sido leído por todo el público que lee periódicos y también por dos agentes diplomáticos franceses, el de Munich y el de Berna, y finalmente dijo estas palabras memorables: «Desde hoy empieza para los ministros, mis colegas, y para mí una gran responsabilidad, de la cual nos encargamos muy tranquilamente.» Despues del discurso de Ollivier presentó el ministro de la Guerra dos proyectos de ley, uno convocando la guardia nacional móvil y otro abriendo el enganche de voluntarios para servir durante la campaña, «á fin de emplear á los muchos jóvenes que hay

(1) Véase: *Información parlamentaria*, tomo I, pág. 10.

(2) *Discours de Thiers*, tomo XII, pág. 639.